

## CAPITULO IX

### LA CIVILIZACION AGRARIA

Al surgir en la perspectiva de la decadencia romana el latifundismo como forma de producción eficaz y eficiente, comenzó la declinación de las ciudades, a desvanecerse el fulgurante esplendor que hicieron de ellas vivaces y fabulesos centros administrativos. A la antigua organización capitalista, siguió inexorablemente la acción

---

más de ellos. Fueron lo que después se llamó bienes de mano muerta." R. LATOUCHE: Op. Cit. Pág. 51

aplastante, agobiadora y estática de la Administración Eclesiástica.

No fué un acto fulminante. Apareció fluidamente como la prolongación de un proceso cuyas raíces se enterraban en los dos siglos anteriores. El deterioro de las ciudades se inicia cuando en las fronteras del Imperio aparecen las primeras hordas bárbaras. Pero en los límites del Imperio no está ocurriendo otra cosa distinta que el resultado fatal de la descomposición intestina. Así, la presencia de bárbaros en las fronteras y la incapacidad del estado para defenderlas, para mantener la cohesión geográfica y una autoridad central, decretó la desaparición de las Sociedades Publicanas ya que la recaudación de impuestos no sólo se tornó insegura sino altamente peligrosa. Muchas de ellas terminaron en aparatosas quiebras, escándalos que tornaron más nervioso y huidizo al ya acobardado capitalista romano. Al hundimiento de las Sociedades Publicanas siguió el colapso completo del comercio interprovincial, actividad que virtualmente desapareció como consecuencia del creciente e incontenible bandolerismo y que tan decisiva fué en el esplendor de las ciudades provinciales. Sobre este aspecto del problema, Clive Day (1) expresa lo siguiente: "No obstante, los mercaderes sufrían aún más por la maldad de los hombres que por la de los caninos. El Gobierno era tan débil que el pillaje era cosa corriente; la gente ignoraba hasta tal punto todo aquello que no estaba

---

(1) CLIVE DAY; "Historia del Comercio". Fondo de Cultura Económica, México. Pág. 31

relacionado con el estrecho círculo de sus intereses locales, que sospechaba de todo extraño y las más de las veces con razón. Existe toda una serie de leyes inglesas que empiezan hacia el año 700 y se continúan durante varios siglos, de las cuales puede servir de ejemplo la siguiente: "Si un hombre llega desde lejos o un extraño va por fuera de camino y no da voces o suena un cuerno, se ha de considerar como un ladrón, que se ha de matar o se ha de coger para rescate".

Lo que aquí Day describe como una realidad inglesa de los siglos V y VI no era más que un vivo reflejo de lo que ocurría en el Continente. Porque sabido es que los caminos se tornaron intransitables tanto por el estado de abandono en que se encontraban como por la presencia irreprimible de malhechores y asaltantes. Así, pues, sin alimentos, sin recursos y sin comercio, la vida en las ciudades del interior se tornó difícil, insoportable y hasta peligrosa. "Quiere esto decir que las ciudades se depoblaron por completo a mediados del siglo V? --se pregunta Latouche, y acto seguido respondió:-- No. Salviano, que escribía en el citado siglo, habla, con su habitual apasionamiento, de las ciudades como de lugares de perdición en los que los habitantes desdeñan las iglesias y se agolpan en el teatro o en el circo. Sin embargo, al referirse a tres ciudades que conocía perfectamente --sigue diciendo Latouche-- se ve obligado a confesar que ya no poseen lugares destinados a espectáculos: Maguncia porque

el edificio apropiado fué demolido; Colonia, porque la ciudad se encuentra llena de enemigos y tréveris, porque ha quedado aniquilada después de cuatro saqueos. Su descripción de Cartago no tiene nada de edificante; la presenta como un extenso lupanar y una ladronera." (1) Otros hechos igualmente notables, nos advierten, porque es obvio, que se produjo una aguda despoblación de las ciudades aunque el propio Latouche se resiste a reconocerlo. Por ejemplo, sabemos que la mayoría de las ciudades importantes se convirtieron pronto en fortaleza y plazas fuertes de los bárbaros vencedores. Otro hecho que vino a adentuar la despoblación urbana fueron las frecuentes epidemias, pues los núcleos urbanos trocáronse en verdaderos focos de infección. Como era lo natural, los primeros en abandonar las ciudades para refugiarse en alguna espaciable villa del interior, lejos de todo peligro, fueron los patricios, los potentados y los ricos.

Es claro que la vida en las ciudades no desapareció totalmente. El hecho de que siempre se convertían en sede de algún obispado hacía que en ellas se domiciliara cierta burocracia clerical, lo que mantenía viva en ellas alguna actividad económica. También surgió un hecho nuevo que llegó a dar vida y relieve a ciertas ciudades. La posesión de reliquias y su culto. El naciente fanatismo cristiano hacía que verdaderas multitudes peregrinaran sin descanso para rendir tributo a las más famosas de ellas. La

---

(1) R. LATOUCHE: Op. Cit. Pag. 87



C, hasta el comienzo de las primeras invasiones fué la actividad económica primordial y a la que se dedicaron los mejores ingenios. El comercio creó las grandes vías de comunicación en todo el mundo conocido; el comercio montó pintorescos y brillantes canales de contactos por donde fluyó el saber de la antigüedad, universalizándolo y aportando a nuestra cultura los elementos ecuménicos que la caracterizan; a las necesidades del comercio debemos el invento de la moneda y la generalización de la escritura como instrumento de trabajo y comunicación. Al comercio debemos, también, la visión del universo que desarrolló el hombre antiguo, concepción que en la realidad se tradujo en el montaje de gigantescos imperios políticos y económicos. Y sobre todo, debemos a las exigencias de la actividad mercantil la acumulación de un fabuloso excedente económico que permitió un desarrollo cultural jamás conocido.

Todo este capital acumulado desapareció con el colapso del mundo romano. Si bien su bancarrota no se produjo verticalmente, es decir, no se derrumbó como herido por un terremoto, hay bastantes elementos de juicio para establecer que ya un poco antes de que produjeran las primeras invasiones, el Mundo Antiguo había comenzado a agonizar irremediablemente.

Vimos antes que una de las manifestaciones más signifi-

cativas de la cultura del lucro, la ciudad, fué la primera en revelar síntomas de muerte; luego, la construcción, una de las actividades más dinámicas del mundo griego y romano, decae hasta desaparecer virtualmente a la altura del siglo VI. Ahora veremos cómo el comercio sigue las mismas rutas hacia la ruina.

Uno de los factores determinantes de ese proceso fué la falta de capitales. La condena violenta que la Iglesia de los primeros siglos formuló contra la acumulación del dinero, hizo que desapareciera del mercado el capital financiero, con lo cual se tornó sumamente difícil la formación de empresas mercantiles. Igualmente, el renunciamiento por parte del creyente cristiano al placer de los bienes materiales determinó que careciera de interés el traficar con los mismos. De otra parte, la creciente pobreza que se fué diseminando por toda Europa, acentuada por la falta de guerras de conquista, tornó tan débil la demanda que careció de sentido desafiar los peligros evidentes de un mundo cada vez más inseguro para servir comercialmente a un mercado tan poco capaz. Sin embargo, no sería correcto decir que la actividad comercial desapareció totalmente, ya que las comunicaciones con el Oriente se mantuvieron siempre fluidas. (1) Prueba de ello es el hecho de que durante un largo período del merovingio se mantuvieron en el

---

(1) Durante el dominio ostrogodo, Italia continuó trayendo trigo y aceite de Africa y las relaciones comerciales con Bizancio se mantuvieron. Ver. R. LATOUCHE: Op. Cít. Pág. 102

mercado europeo productos de lejano origen como el aceite de oliva, que se usaba tanto para alimentarse como para alumbrarse; el papiro, utilizado para la escritura, así como corriente era la presencia de dátiles y hierbas egipcias. (1) Sin embargo, se trataba de un comercio menor, realmente insignificante si lo comparamos con el que se practicaba durante el esplendor romano. En estas condiciones, no puede extrañar que la actividad mercantil pasara a manos de extranjeros, particularmente, que fuera ejercido por sirios. Junto a éstos también aparecieron comerciantes griegos y judíos. Sin embargo, el comercio fluido virtualmente desapareció. Por lo menos es lo que indica la aparición del tratante importador, a quien los reyes, las comunidades, los monasterios, etc., encargaban la consecución en el exterior de bienes cuya carestía era creciente. (2) Así, el comercio aparecía ya en ese período como peligrosa aventura y los comerciantes eran poco menos

---

(1) "Un eremita como San Hospicio, que vivía cerca de Niza, se alimentaba de dátiles y hierbas que le traían desde Egipto unos comerciantes." R. LATOUCHE: Op. Citl Pág. 103

(2) Se sabe que el rey Chilperico I tenía su servicio un judío llamado Prisco a quien encomendaba la adquisición de mercancías. Igualmente, en los primeros años del Seiscientos, el rey Dagoberto contaba con los servicios de un "negotiator" judío a quien todos llamaban Salomón. Estos individuos eran en realidad comisionistas que llenaban el vacío dejado por la falta de comerciantes establecidos. La práctica de usar estos comisionistas se generalizó hasta el punto de que fueron usualmente utilizados por los ricos así como por los monasterios para procurarse desde el alimento cada vez más escaso, hasta bienes y materiales exóticos.



que audaces viajeros, haciendo no pocas veces de piratas. En ocasiones se trataba de orientales que cubían con sus valeros hasta el vientre mismo de occidente y otros de noveles buhoneros, como el caso de los frisones, oriundos de los Países Bajos que viajaban de población en población dedicados especialmente a la venta de paños.

Un elemento significativo de esta etapa merovingia es el resurgimiento del tráfico de esclavos. El antiguo Mancipius romano fué ahora sustituido por el esclavo --esclavo-- y poco después por la mercancía humana inglesa, porque "como es sabido, los anglosajones vendían a sus compatriotas", dice P. Lot, quien agrega "que de acuerdo a las expresiones de San Benifacio, quien era inglés, no había ciudad en Italia, en la Galia o en Germania en donde no se encontraran prostitutas o alcahuetas inglesas". (1)

Otro elemento que determina el derrumbe de la economía patriótica fué el corrompimiento de la moneda. Al momento de producirse las invasiones, la moneda en circulación era el sueldo bizantino, práctica que conservaron los nuevos monarcas. Teoderico designó un Prefecto de la Moneda a quien responsabilizó por la administración de las casas de acuñación existentes en Roma, Bolonia, Rávena, Pavía y Milán. Durante toda la hegemonía ostrogoda, la emisión de moneda fué siempre un servicio público del cual Teoderico era un escrupuloso fiscalizador. (2)

---

(1) P. LOT: "Las Invasiones Germánicas"- París, Pág. 319

(2) En una de las cartas de Teoderico, éste indica: "Los que acuñan moneda han sido instituidos para velar por el interés general y no deben pasar el servicio de particulares". Casiodoro V.

Pero los merovingios no conservaron los mismos escrúpulos. En el reino franco, la acuñación de monedas se hacía por cuenta de los monederos, quienes como depositarios del metal fabricaban y acuñaban monedas, grabando en ellas su sello. Como estas casas monederas abundaban no sólo en las ciudades sino en los vici y en las villas, la fiscalización real, que entre los ostrogodos fué severa, resultaba imposible entre los merovingios. Estos monederos actuaban en goce de los privilegios de la inmunidad concedida por los primeros reyes merovingios a los pederosos, a los ricos y a los eclesiásticos. La inmunidad, que en algunos casos envolvía también el cobro de impuestos y contribuciones, protegía de la interferencia de cualquier autoridad --condes, funcionarios, autoridades municipales, etc.-- al usuario y beneficiario de ella. La inmunidad se concedió, primordialmente a las Iglesias, las que con frecuencia estaban facultadas para acuñar monedas. (1)

En estas circunstancias era virtualmente imposible impedir el relajamiento en las acuñaciones, obligar a la observación de la ley, así como evitar la desvalorización de la moneda.

Hay otro factor que contribuyó a reducir el valor de la moneda merovingia: la progresiva escasez de oro en occidente. Aunque muchos autores estiman que tal carencia

---

(1) Acuñaban monedas las Iglesias de Augers, Burdeos, Mans, Orleans, Reims, Teulouse, etc., y las abadías de San Dionisio, San Filiberto Junieges, San Medardo de Noyén, San Martín de Tours, etc.

nunca se produjo y que lo más probable es que existiera una gran especulación como consecuencia del relajamiento en las emisiones, ciertos hechos y disposiciones imperantes desde finales del siglo IV indican que la fuga del oro era una realidad perceptible. Por ejemplo, se sabe que a fines de ese siglo se prohibió en el Imperio que se pagara con oro la compra de mercancía a los bárbaros. Así mismo, era generalizada la costumbre de guardar y hasta esconder el oro, lo que nos revela su valor creciente y su fuga incontenible. La práctica llegó a extremos tales que se conoce una disposición de Teodorico ordenando a sus agentes fiscales que violaran las tumbas para reingresar al Tesoro Público el oro allí escondido. Estos indicios explican por qué las monedas merovingias fueron más flacas de oro y su circulación ensostenida menguante hasta llegar al punto de tener un campo de aceptación muy próximo a la fuente emisora. (1)

Cualquiera sea la explicación que pueda darse para

---

(1) Según R. Latouche la sustitución de la moneda de oro por la moneda plata no fué obra exclusiva de carestía de aquél. Para él, la causa principal fué la preferencia que los pueblos del norte mostraban por la plata. Los anglosajones --dice-- que comienzan por acuñar tercios de sueldos de oro denominados *trymsas*, los sustituyeron pronto por los *scallas*, denarios de plata. La razón está en que Gran Bretaña tenía minas de plata. Los buhoneros frisones que visitaban a menudo Londres y York, los llevaron al Continente, en donde gozaron de general aceptación.

La crisis de la moneda, lo cierto es que al final del período merovingio el Occidente se encontraba sin un instrumento de cambio veraz, serio y aceptable que facilitara sus ya declinantes movimientos comerciales. La actividad económica, en consecuencia, se fue apartando cada vez más de los mercados para refugiarse en la producción doméstica, recurriendo al trueque para la satisfacción de sus cada vez más humildes y triviales necesidades.

### La Iglesia como Corporación

Al momento en que la actividad económica comienza a alejarse de los mercados, el sistema productivo de Occidente tiende a detenerse. Un hombre nuevo desaloja al clásico, y un nuevo cuadro de valores presidirá el ordenamiento social: tabla axiológica que surgirá del misticismo de los primeros padres de la Iglesia. Será un sistema ético orientado a la condena y persecución del lucro como actividad personal y, también, a sus mani-

festaciones sociales. Entre aquéllos, estará la riqueza, la acumulación de excedentes, la avaricia y la usura; entre éstas, el comercio. Así, la lucha contra la usura y el comercio serán dos de los postulados más beligerantes de la nueva ética. Lo que no comprendió la Iglesia de los primeros siglos fué el hecho de que en el momento en que desterraba del hombre el espíritu de lucro, estaba castrando todas sus potencias creativas. Esto lo descubrió poco después e hizo esfuerzos imposibles por ajustar las doctrinas a las concesiones, pero de un modo tan tímido, ambiguo y confuso que sólo logró esparcir por todo el organismo social una venenosa sensación de hipocrecía. La Iglesia no supo cómo convivir con sus propias exigencias.

Una prueba de esta nueva concepción cristiana de la propiedad y la riqueza aparece en el Edicto de Milán. Este documento no sólo estableció medidas con miras a el reintegro de fincas, tierras, edificios, valores, etc., confiscados a cristianos durante el período de las persecuciones, sino que se autorizó a la Iglesia a poseer bienes. Surgía así, la Iglesia como corporación económica.

Este es el instante que señala la transfiguración de la Iglesia. No sólo se compecece con ciertas prácticas terrenales como las enaminadas a satisfacciones materiales y al éxito, sino que adopta su sentido universal. Bajo la égida de Constantino, aparece una gran figura, Eusebio de Cesarea, cuya misión será la de actualizar y adap-

tar a los tiempos presentes la religión de los catecúmenos. En la "Crónica", Eusebio se propone, dice E. Bonifazi, "un plan concebido y realizado de una amplitud y trabazón orgánica imponente, adecuado a la religión principal de todo el imperio, que es como decir de todo el mundo mediterráneo." (1)

A Eusebio debe también dos aspectos fundamentales la nueva religión. En su afán de ver el triunfo de Constantino sobre Licinio como una manifestación divina contra todos los enemigos de la fe, exaltó la idea de que el cristianismo era una religión del éxito. Así, por ejemplo, hace decir a Constantino: "...Bien se ve que los que fielmente cumplen las santas leyes de Dios y evitan la transgresión de sus mandamientos son recompensados con copiosas bendiciones e investidos de bien fundada esperanza como de holgado poder para el logro de sus empresas... Fui yo mismo el agente cuyos servicios estimó Dios oportunos para que llevara a cabo su voluntad.... Por tanto ....con la ayuda del Poder Divino, expulsé y destruí toda forma de mal antes prevaleciente, con la esperanza de que el linaje humano, de cuya iluminación fui instrumento, pudiera ser devuelto a la debida observancia de las santas leyes de Dios, y al mismo tiempo, nuestra sacratísima fe acertara a prosperar, guiada por la mano todopoderosa...."

---

(1) Diccionario Literario. Editorial González Porto.  
Bonifazi - Tomo III, pág. 592

Aquí, en estas expresiones de Constantino, asoman dos elementos que serán luego de una fundamental trascendencia: la inclinación de la Iglesia a la intolerancia y la identificación del Poder divino con el Poder terrenal. "Trata el príncipe cristiano su gobierno terrenal según el modelo del devhado divino --escribe Eusebio, y agrega:-- experimentando fortaleza en su conformidad con la monarquía de Dios ..lpues seguramente la monarquía trasciende en mucho toda otra constitución y forma de gobierno, ya que su opuesta, la democrática igualdad de poder, puede mejor ser calificada de anarquía y desorden... Nuestro emperador deriva el manantial de su autoridad de lo alto, y es fuerte en el poder de su sagrado título... Subyuga y castiga a los adversarios de la verdad según los usos de la guerra... El Dios de todos los que existen, gobernador céntrico del universo todo, por su propia voluntad designó a Constantino..... para que fuera príncipe y soberano." (1) En esta forma el problema de la continuidad política, que por aquellos momentos había llegado al punto más peligroso del irrespeto y el crimen, quedó resuelto del modo dinástico, ya que sólo se aceptaban como genuinos depositarios del poder a los "hijos de Constantino y no a otro ninguno". "A medida que el emperador fué convirtiéndose más y más en arma de eclesiásticos intrigantes --afirma Cochrane-- fué resonando en los púlpitos la baja adulación al político, a quien no

---

(1) Citado por CHARLES MORRIS COCHRANE en "Cristianismo y Cultura Clásica" - Fondo de Cultura Económica - México, Pág. 187

se consideraba impío calificar de igual a los apóstoles."(1)

Pero la Iglesia irá afianzando su poder temporal. A la muerte de Constantino tendrá que hacer frente a las revisiones de Juliano, circunstancia ésta que si bien le cercenó las inmunidades y los privilegios de que gozó en tiempos del Emperador de la Cruz, la habilitó como una estructura independiente al Estado, apta para manejar sus intereses como una entidad paralela y coincidente con el orden político. Esta manifestación tuvo en San Ambrosio su figura estelar, ya que bajo su inspiración, la Iglesia, haciendo uso de su extraordinaria influencia económica y social, se enfrentó más de una vez a la voluntad imperial, como cuando negaba el derecho del emperador a nombrar obispos. Igualmente, Ambrosio pregonaba la autodeterminación de la Iglesia, así como la libertad de sus ministros para hablar y actuar como y cuando lo creyeran conveniente. Ya aquí en Ambrosio vemos aparecer los elementos que harán de la Iglesia, en el futuro inmediato, la gigantesca y sobria arca en que se refugiara el mundo clásico que se derrumba.

---

(1) CHARLES MORRIS COCHRANE: Op. Cit. Pág. 208